

Laurent Herment (Dir.)

Histoire rurale de l'Europe, XVI^e-XX^e siècle

Paris, Éditions de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales, 2019, 336 pp.

El libro objeto de esta reseña es una colección de textos, firmados por dieciocho especialistas, que giran alrededor del tema del crecimiento de la producción agraria en la Europa moderna y contemporánea. La definición del objeto de la obra no está en el título, como es evidente, sino en la presentación y en la introducción. Esta última está vertebrada por un análisis, en perspectiva comparada, de la evolución en las últimas décadas de la historiografía ruralista francesa. Herment nos hace partícipes de su visión de que el rura-

lismo francés ha experimentado una paulatina pérdida de relevancia en el escenario historiográfico internacional. Atribuye en buena medida esa evolución a una tendencia a la atomización de la investigación y a la ausencia de diálogo entre los historiadores franceses que, especializados en regiones, períodos u objetos concretos, se muestran en su mayoría poco dispuestos a participar en debates fértiles para la historiografía y para las ciencias sociales. Ese es el diagnóstico del que parte *Histoire rurale de l'Europe*, que pretende desplegar ante el

público especializado francés diversas formas de abordar la cuestión del crecimiento a largo plazo, como muestra de por dónde camina y puede seguir caminando una historia de la sociedad rural que sea una historia guiada por problemas y no por erudición histórica.

Como nos señala la propia introducción, hay cuatro tipos de cuestiones en los capítulos que integran la obra: las relativas al significado que otorgamos en nuestros relatos al concepto de *crecimiento* y su relación con nivel de vida, crecimiento demográfico y valor de la producción; las que se centran en cómo se debe medir el crecimiento, a través de qué indicadores o tasas diversos; las que indagan las causas del crecimiento y en especial el papel de la tecnología y de las instituciones; y finalmente las que tratan de las dimensiones temporales y geográficas del crecimiento. No se abordan asuntos de tanta enjundia de modo sistemático, puesto que, en palabras de Herment, *no se trata de hacer comparativismo, sino de dejar a cada autor la libertad de desarrollar sus propios problemas a fin de multiplicar los puntos de vista sobre el crecimiento agrícola en diferentes países europeos* (p. 22).

Con la excepción de este capítulo inicial, del de Ulrich Pfister, que presenta el método de la estimación indirecta de la producción agraria a través de una función de consumo y analiza los resultados de su aplicación a la Francia preestadística, y del de Maurice Aymard, que aborda lo que viene a ser un balance de los debates sobre el crecimiento en la Europa moderna, los restantes capítulos del libro tienen como

rasgo común esa mirada libre al crecimiento en espacios regionales o estatales en períodos largos. Y no todos, pues Rosa Congost dedica su texto a explicar lo que llama *realismo*, es decir, al examen desde abajo y, por lo tanto, desde la diversidad social y geográfica y bajo el prisma de sus heterogéneos resultados finales, de los procesos de transformación de los derechos de propiedad sobre la tierra en la España del XIX. Congost no ofrece un relato propio sobre lo ocurrido con los derechos de propiedad de la tierra en el siglo XIX español ni sobre cómo afectó al crecimiento (sobre todo extensivo), sino que se centra en la tarea previa de combatir lo que considera lugares comunes de la historiografía al estudiar la transformación de la propiedad de la tierra, que ella atribuye a una excesiva dependencia respecto a los discursos de quienes apoyaron la reforma agraria liberal.

Los capítulos de Pfister y Congost y los otros diez capítulos están organizados en tres partes, bajo los títulos de «La diversidad de las vías de desarrollo agrario», «La renovación de la historia cuantitativa» e «Instituciones y motores de crecimiento».

En la primera, Piet van Cruyningen, Giuliana Biagioli, Anne-Lise Head-König y Llorenç Ferrer Alòs estudian vías regionales de desarrollo a lo largo de períodos amplios en cuatro espacios, definidos por ser unidades estatales en la actualidad: los Países Bajos, Italia, Suiza y España. Piet van Cruyningen contrapone la dinámica de la agricultura surgida de las obras de desecación y drenaje en el suroeste de los Países Bajos, financiadas desde la Baja Edad Media por la burguesía urbana, con la del

norte holandés, donde los trabajos hidráulicos no se acometieron hasta el siglo XIX, porque no existían dispositivos institucionales capaces de efectuarlos. También la comparación interregional organiza el capítulo de Ferrer Alòs, que confronta la interacción entre crecimiento agrario, acumulación de capital e industrialización en Galicia, Cataluña y el País Valenciano, entre los siglos XVII y XIX. Ferrer destaca tres respuestas diferentes al crecimiento demográfico en las tres regiones (la introducción de nuevos cultivos en Galicia, la expansión de la vitivinicultura en Cataluña y el desarrollo del regadío valenciano) y establece vínculos entre esas respuestas –motores de crecimiento agrario–, las estructuras sociales y las desiguales consecuencias en términos de industrialización de las tres regiones. La comparación interregional, en su caso entre la Suiza alpina y el País Medio (la meseta situada entre los Alpes y el Jura), es también el ejercicio que lleva a cabo Head-König. La historiadora suiza explica las razones institucionales y los factores de demanda que hasta mediados del siglo XIX aseguraron el mayor crecimiento relativo de las zonas de montaña, especializadas en productos lácteos, y el proceso que llevó a que el País Medio primero convergiera y luego adelantase a la región alpina, gracias a cambios institucionales a finales del XVIII y comienzos del XIX y a sus mejores condiciones agroecológicas, crecimiento desigual que se mantuvo en el segundo tercio del XX, no obstante la crisis agraria que siguió en Suiza a la Gran Guerra. Cierra la primera parte un capítulo sobre Italia, en el que Biagioli cuestiona la te-

sis de las dos Italias, la del norte y el centro, con una agricultura y, más en general, una economía dinámica, y la del Mediodía, caracterizado por el arcaísmo, la pobreza y la incapacidad para el desarrollo. Frente a esta imagen dualista, la autora sostiene que los análisis regionales de escala menor permiten apreciar muchas vías de desarrollo de las zonas rurales, a partir de la observación de los factores económicos y de las interacciones entre los actores locales. Biagioli sintetiza algunas de las grandes aportaciones que han revolucionado la visión de la agricultura lombarda, en sus diversas comarcas, y que han descubierto el pluralismo del Mezzogiorno para centrar, por último, su mirada en la evolución de la agricultura toscana entre el siglo XIV y el XIX, y subrayar el papel de las economías urbanas en las transformaciones toscanas desde la Baja Edad Media hasta la conversión de la región en el *jardín de Italia*.

La segunda parte, intitulada «La renovación de la historia cuantitativa», incluye además del ya mencionado capítulo de Pfister, un capítulo sobre el despegue del crecimiento en la región sueca de Escania entre 1702 y 1864 (Matts Olson y Patrick Svenson), otro sobre las vías de crecimiento agrícola en España entre 1800 y 2000 (Ernesto Clar, Miguel Martín-Retortillo y Vicente Pinilla) y un tercero sobre las consecuencias de la evolución en tijera de los precios textiles y los agrarios en el interior de Flandes, entre los siglos XVIII y XIX (Wouter Ronsijn). En el primer texto, Olson y Svenson recurren a fuentes decimales para construir índices de la producción agraria y pecuaria. Las series resultantes

permiten constatar no solo la evolución de la producción según el estatus de los campesinos, sino el crecimiento gradual desde aproximadamente la década de 1780 y la incidencia de cambios institucionales ligados al reparto de comunales y el acotamiento de las fincas, que aparentemente aceleraron y consolidaron esa trayectoria expansiva en el primer XIX. El trabajo sobre España explota información cuantitativa diversa a fin de ofrecer una valoración global del crecimiento de la producción agraria y sus causas y limitaciones en la contemporaneidad, con especial énfasis en las restricciones medioambientales, los cambios tecnológicos y las transformaciones de la demanda. El relato resultante es sólido en sus fundamentos teóricos y en sus bases estadísticas, y capaz de dar cuenta de las transformaciones agrarias españolas en los últimos doscientos años. El último capítulo de esta segunda parte, el de Ronsijn, estudia y cuantifica las economías familiares en el interior flamenco, distinguiendo entre las posiciones polares de familias dependientes para sus ingresos de la producción textil a domicilio y familias con explotaciones suficientemente grandes para vivir de la producción agraria. Ronsijn afirma que la evolución de los precios relativos de los paños y los productos agrarios, que siguieron movimientos en tijera en el siglo XVIII y XIX en dos ciclos sucesivos, junto con la estructura social y las relaciones de poder, explicarían el aumento de las familias con tierra a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, y la crisis de la sociedad rural a mediados del siglo XIX que favoreció el éxodo a las ciudades.

La tercera parte, «Instituciones y motores del crecimiento», incluye cuatro capítulos: uno relativo a las instituciones señoriales en Sajonia (Martina Schattkowski); un segundo, dedicado a las vías de crecimiento de la agricultura danesa (Ingrid Henriksen); un tercero que cuestiona la existencia de un modelo de crecimiento agrario francés (Gérard Béaur y Jean-Michel Chevet); y, finalmente, el ya mencionado de Rosa Congost. El capítulo de Schattkowski efectúa el seguimiento de los cambios temporales en los señoríos de la región y concluye que el modelo de dos regímenes señoriales (el *Gutherrschaft* y el *Grundherrschaft*) en Europa, con su frontera en el Elba, debe ser matizado por las variaciones regionales y la existencia de zonas de transición. El capítulo de Henriksen parte de tres modelos historiográficos sobre la relación entre cambio demográfico y crecimiento productivo para, a través de un análisis de largo plazo, inclinarse por el que sostiene que fue el aumento de la población el que dio lugar a cambios institucionales que, a su vez, generaron transformaciones tecnológicas y el aumento de la producción en la Dinamarca de fines del XVIII. Finalmente, el capítulo de Béaur y Chevet presenta una versión sintética de la contraposición, muy habitual en la bibliografía histórico-económica anglosajona, entre las estructuras agrarias británica y francesa a final del Antiguo Régimen y, sobre todo, tras los cambios institucionales derivados de la Revolución francesa, como factor clave en las dos vías económicas hacia la modernización que se postula que existieron a ambos lados del canal de la Mancha.

A partir de ese punto, Béaur y Chevet tratan de desmontar elemento a elemento esa contraposición entre las dos agriculturas, para negar la existencia de una vía francesa y una vía británica, al menos en lo que al sector primario se refiere.

De este repaso y de los propios comentarios que realiza Aymard (en un posfacio que sintetiza los debates sobre la agricultura moderna y lo que el libro puede aportar), se desprende que esta obra tiene gran interés para comprender cómo se ha desplegado la historia del crecimiento agrario en los últimos años, y el tipo de conclusiones y propuestas teóricas que puede ofrecer a la historiografía rural y general. Gran parte de sus capítulos son aportaciones sintéticas que nos aproximan al estado actual de los conocimientos sobre determinadas regiones y países, y a las tendencias de la teoría y la investigación: en ese sentido merece la pena leerlos. Pero el libro tiene también sus defectos, más allá de que la libertad a los autores de la que hace gala el director constituya una puerta abierta a la desigualdad de los textos incluidos.

Cuatro son, a mi entender, los pasivos de esta obra colectiva, todos ellos relacionados con las intenciones que sintetiza el título. El libro no es una historia, un relato unido, sino una suma de estudios: no hay referencias cruzadas entre capítulos, ni una bibliografía común, ni pautas de estructuración de los capítulos. No trata tampoco de la sociedad rural: se limita a algunos aspectos, sobre todo económicos, de la vida rural. Tampoco habla de Europa: fuera quedan la Europa Oriental y los Balcanes. Finalmente, pese a la relevancia de que

reúna estudios por lo general de largo plazo, no todos sus trabajos se mueven en el marco cronológico de los siglos XVI-XX. Las aportaciones efectuadas son valiosas y juntarlas en un volumen es una decisión acertada porque nos devuelve una mirada actualizada y compleja sobre el crecimiento productivo en la agricultura europea. Una historia rural de la Europa moderna y contemporánea puesta al día, que revise muchas de las representaciones predominantes en la historiografía económica y general, y que ofrezca una narración coherente y bien fundada de su evolución, sigue constituyendo sin embargo una tarea pendiente, a la que esta y otras obras de gran interés no pueden sustituir.

Juan Pan-Montojo

orcid.org/0000-0001-7472-6013

Universidad Autónoma de Madrid